

Economía: "La única economía viable")

Autor: **István Mészáros ***

Introducción

Alguna vez el modo de producción capitalista representó un gran avance sobre todos los otros modos precedentes, a pesar de lo problemático y en definitiva destructivo que este avance histórico terminaría -y debía terminar- siendo. Al *romper* la muy antigua pero limitativa relación directa entre uso humano y producción para reemplazarla por la *relación mercantil*, el capital abrió ocultas posibilidades de *expansión* aparentemente irresistibles para las cuales -desde el punto de vista del sistema del capital y de sus personificaciones- no existirían límites concebibles. Pues la paradójica y en definitiva bastante endeble determinación intrínseca del sistema productivo del capital es que sus productos mercantilizados

son para su poseedor no-valores de uso y valores de uso para los no poseedores. He aquí porqué unos y otros tienen que darse constantemente la mano. Este apretón de manos forma el cambio, el cual versa sobre valores que se cruzan y se realizan como tales valores. Por lo tanto las mercancías tienen necesariamente que *realizarse como valores* antes de poder realizarse como *valores de uso*. [1]

Esta auto-contradictoria determinación interna del sistema, que impone una brutal sumisión de las necesidades humanas a la necesidad alienante de expansión del capital, es lo que descarta la posibilidad de un control racional completo de este dinámico sistema productivo. Lo que acarrea peligrosas y potencialmente catastróficas consecuencias a largo plazo, transformando al final un *gran poder positivo* de desarrollo económico, previamente inimaginable, en una devastadora negatividad, por la total ausencia de una necesaria restricción reproductiva.

Lo que es sistemáticamente ignorado -y debe ser ignorado, debido a inalterables imperativos fetichistas y a los intereses creados del mismo sistema del capital- es el hecho inevitable de que vivimos en *un mundo finito*, con sus literalmente vitales *límites objetivos*. Durante un largo tiempo de la historia humana, incluyendo varios siglos de desarrollo capitalista, esos límites pudieron ser -y realmente fueron- ignorados con relativa seguridad. Sin embargo, cuando estos límites se manifiestan, como enfáticamente deben hacerlo en nuestra irreversible época histórica, ningún sistema irracional y devastador por dinámico que sea (de hecho, mientras más dinámico, peor), puede escapar a las consecuencias. Sólo puede no tomarlos en consideración durante algún tiempo mediante su propia reorientación hacia una rígida justificación del más o menos abierto imperativo destructivo de preservar el sistema a cualquier costo: predicando la visión del "no hay alternativa", y con ese espíritu apartando o suprimiendo incluso brutalmente incluso las más obvias advertencias de esas anticipaciones de un futuro insostenible.

La falsa teorización es una consecuencia necesaria de esta objetiva determinación estructural desequilibrada y de la dominación del valor de uso por el valor de cambio, no sólo bajo las más absurdas y ciegas condiciones apologéticas del capitalismo

contemporáneo sino también del periodo clásico de la economía política burguesa, en los tiempos de ascenso histórico del sistema del capital. Esto ocurre porque bajo la dominación del capital se debe perseguir a cualquier costo una producción *ficticiamente ilimitada* y debe ser justificada teóricamente como la única forma de producción recomendable. Y esto resulta imperativo aunque no exista ninguna garantía de que : 1) "el cambio de manos" requerido y sustentable de las mercancías que se prevee vaya a ocurrir realmente en el mercado idealizado (gracias a la misteriosa benevolencia de la aún más misteriosa "mano invisible" de Adam Smith); y 2) que las condiciones materiales objetivas para producir la proyectada oferta ilimitada -y humanamente ilimitables, puesto que su auto determinación primaria se divorció de la necesidad y del uso- de mercancías pueda ser *asegurada para siempre*, sin que importe el impacto destructivo del modo de reproducción social metabólico del capital o sobre la naturaleza.

La conformación ideal del mercado para rectificar el inalterable defecto estructural indicado en el punto 1) antes mencionado son *gratuitas reflexiones posteriores*, que conllevan muchas presunciones arbitrarias y proyecciones regulativas que no se pueden cumplir. La sobria realidad que subyacente al mercado, como remedio para esas reflexiones posteriores, es un conjunto de relaciones de poder insuperablemente adversas, que tienden a la dominación monopólica y a la intensificación de los antagonismos del sistema. De la misma manera, el grave defecto estructural de perseguir la expansión ilimitada del capital -idealizando el "crecimiento" como un fin en si mismo- como se destacó antes en el punto 2), se complementa con otra *ficticia reflexión posterior*, cuando debe admitirse que debe puede ser recomendable algún remedio. Y el remedio que se proyecta-como una alternativa al colapso del sistema en una irredimible negatividad en un destino de "estado estacionario", teorizada por la economía política burguesa en el siglo XIX-es simplemente la generosa prédica de hacer una distribución "más equitativa" (y por eso, menos conflictiva), dejando el sistema de producción tal cual. Aunque esta propuesta pudiera realizarse (lo que por supuesto es imposible debido a las fundamentales determinaciones jerárquico-estructurales del mismo orden social del capital), no podría resolver ninguno de los graves problemas de la *producción* sobre los que *también* se levantan las insuperables contradicciones del capital y de su incurable sistema de *distribución*.

Uno de los principales representantes del pensamiento liberal, John Stuart Mill, es tan sincero en su preocupación sobre el "estado estacionario" del futuro, como irremediamente irrealista en el remedio que propone. Porque sólo puede ofrecer vacías esperanzas cuando discute este problema, que resulta absolutamente inabordable desde el punto de vista del capital. El escribe: "Yo sinceramente espero que, en beneficio de la posteridad, ellos estarán *satisfechos por estar estacionarios*, mucho antes de que la necesidad se los imponga"[2]. Así, el discurso de Mill no pasa de una prédica paternalista, porque sólo puede reconocer -a tono con su aceptación del diagnóstico maltusiano- las dificultades que surgen del crecimiento de la población, pero ninguna de las contradicciones del orden reproductivo del capital. Su autocomplacencia burguesa es claramente visible y vacía de contenido a sus análisis y a su paternal intento reformador. Mill perentoriamente afirma que: "Solamente en los países atrasados del mundo el crecimiento de la producción es todavía un objetivo importante: en los más avanzados lo que es más necesario econonómicamente es una mejor distribución , para lo cual es indispensable una estricta restricción de su población"[3]. Incluso su idea de "mejor

distribución" es irremediabilmente irrealista. Porque lo que Mill posiblemente no puede reconocer (o admitir) es que el aspecto abrumadoramente más importante aspecto de la distribución es la intocable distribución de los medios de producción exclusivamente para la clase capitalista. Por eso, comprensiblemente, sobre semejante premisa operativa del orden social siempre prevalece un sentido paternalista de superioridad en el sentido de que ninguna solución puede esperarse "hasta que las *mejores mentes* tengan éxito en educar a los otros", [4] de modo que ellos acepten el control poblacional y "una mejor distribución" que supuestamente surgirá de tal control. Así el pueblo debería olvidarse por completo de cambiar las destructivas determinaciones estructurales del orden metabólico social establecido que inexorablemente conduce a la sociedad hacia un estado estacionario de estancamiento. En el discurso de Mill, la utopía del milenio capitalista con su *estado estacionario sustentable* se haría realidad gracias a los buenos servicios de las iluminadas "mejores mentes" liberales. Y entonces, en lo concerniente a las determinaciones estructurales del orden social establecido, todo continuaría como antes, para siempre.

Todo esto tuvo algún sentido desde el punto de vista del capital, por más problemático e insostenible que este sentido terminara siendo a causa del dramático comienzo y cruel profundización de la crisis estructural del sistema. Pero ni siquiera el relativo sentido de algunas proposiciones esperanzadas pudo relacionarse con el movimiento político reformista que pretendía representar los intereses estratégicos del trabajo. A pesar de lo cual, el reformismo socialdemócrata inicialmente se inspiraba en ese tipo de ingenuas aunque al comienzo sinceramente compartidas reflexiones a-posteriori de la economía política liberal. Así, debido a la lógica interna de las premisas sociales adoptadas, que emanaban del punto de vista del capital y de sus derechos adquiridos como controlador inmutable del metabolismo reproductivo, no debería resultar sorprendente que el reformismo socialdemócrata terminara su trayectoria como realmente lo hace: convirtiéndose en el "New Labor" (en Gran Bretaña, o sus equivalentes en otros países), y abandonando toda preocupación incluso por las por las mas limitadas reformas del orden social establecido. Al mismo tiempo, en lugar del liberalismo genuino en esta fase histórica surgieron las más salvajes e inhumanas variedades de *neoliberalismo*, olvidando los remedios sociales pregonados otrora -incluidas las esperanzadas soluciones paternalistas- en el pasado progresista del credo liberal. Y como amarga ironía del desarrollo histórico contemporáneo, los antiguos movimientos socialdemócratas tipos "New Labor" instalados en el gobierno - no sólo en Gran Bretaña, sino en gran parte del "avanzado" y no tan avanzado mundo capitalista- no vacilaron en identificarse descaradamente con la fase neoliberal agresiva de los apologistas del capital. Esta sumisión claramente marcó el fin del camino reformista que desde el principio era un camino sin salida.

Crecimiento canceroso

Para poder crear un orden social reproductivo económicamente viable y a largo plazo históricamente sustentable, es necesario modificar radicalmente las determinaciones internas autocontradictorias del sistema establecido, que imponen una implacable sumisión de las necesidades humanas y de uso a la necesidad alienante de la expansión del capital. Esto significa que la absurda precondition del sistema productivo dominante -en donde los

valores de uso, debido a lo que determinan relaciones de propiedad preestablecidas y totalmente inequitativas, deben ser divorciados y opuestos a quienes los crean para provocar y legitimar circularmente / arbitrariamente la autorrealización ampliada del capital- debe ser definitivamente relegada al pasado. De otro modo el único significado viable de *economía* como utilización (*economizing*) racional de los recursos disponibles necesariamente finitos, no puede ser instituido y respetado como vital principio orientativo. En vez de eso, el *derroche* irresponsable domina el orden socio-económico -y el correspondiente orden político- del capital, que invariablemente se reafirma como *irresponsabilidad institucionalizada* a despecho de su automitológica "eficiencia" insuperable. (Para que no queden dudas, la clase de "eficiencia" así glorificada es de hecho y en última instancia la auto-contradictoria eficiencia del capital para conducir ciegamente las *partes* conflictivas / adversarias en desmedro irremediamente del *todo*). Así se entiende que aquellas fantasías gubernamentales tan promovidas sobre el "socialismo de mercado" debían desaparecer bajo la forma de un colapso humillante, debido a la aceptación de esas suposiciones y determinaciones estructurales capitalísticamente insuperables.

La concepción actualmente dominante de "economía" que resulta totalmente incapaz de establecer límites aún de los derroches más graves, y que en nuestro tiempo que se dan a *escala verdaderamente planetaria*, sólo puede operar con tautologías auto-justificadoras arbitrariamente prefabricadas y con falsas oposiciones y pseudo alternativas simultáneamente rechazadas, concebidas con el mismo propósito de autojustificación de lo injustificable. Como grosera -e infecciosa- tautología se ofrece la definición arbitraria de *productividad como crecimiento y crecimiento como productividad* aunque cada uno de estos términos requeriría una evaluación históricamente calificada y objetivamente sustentable.

Naturalmente, la razón por que se prefiere tan obvia falacia tautológica a una adecuada evaluación práctica y teórica es que, al decretar arbitrariamente la *identidad* de estos dos términos claves de referencia del sistema del capital *la superioridad intemporal y la validez autoevidente* de un orden social reproductivo extremadamente problemático -y en última instancia autodestructivo- puede parecer no solamente plausible sino absolutamente incuestionable. Al mismo tiempo, la *identidad tautológica* de crecimiento y productividad es apuntalada por la igualmente arbitraria y auto-justificatoria falsa alternativa entre "*crecimiento o no crecimiento*". Además, se prejuzga automáticamente a la última para favorecer del "crecimiento" capitalísticamente postulado y definido. Éste, que es proyectado y definido con fetichista cuantificación como el correcto camino basado en presupuestos eternos y como auto-glorificado *sinónimo del mismo crecimiento*, no es nada más específico y humanamente significativo que la genericidad abstracta de la *expansión ampliada del capital* como la precondition para satisfacer las necesidades humanas y de uso.

Es aquí donde el divorcio incorregible entre el crecimiento capitalista y la necesidad y el uso humano -en realidad, su potencialmente devastadora y destructiva contraposición a la necesidad humana- se traiciona a sí mismo. Una vez que la mistificación fetichista y el postulado radicalmente arbitrario de la falsa identidad decretada entre *crecimiento y productividad* son desnudados, queda extremadamente claro que el tipo de crecimiento postulado y al mismo tiempo automáticamente eximido de todo exámen crítico no tiene

conexión alguna con objetivos sustentables correspondientes a necesidades humanas. En el universo socio-metabólico del capital la única conexión que puede ser afirmada y defendida a todo costo es la falsa *identidad* de la -apriorísticamente presupuesta- *expansión del capital* y del circularmente correspondiente (pero en verdad también apriorísticamente presupuesto) "crecimiento", sean cuales fueren las consecuencias impuestas a la naturaleza y a la humanidad por los tipos de crecimiento más destructivos. Pues la verdadera preocupación del capital solamente puede ser su misma *eterna expansión ampliada*, aunque ésta conlleve la destrucción de la humanidad.

En esta visión incluso el mas letal *crecimiento canceroso* debe conservar la primacía conceptual sobre (y contra) las necesidades humanas y el uso, si por casualidad las necesidades humanas pudieran llegar a mencionarse. Y cuando los apologistas del sistema del capital están dispuestos a considerar *The Limits to Growth* [5] como lo hizo el Club de Roma a comienzos de los 1970 en su muy propagandizada iniciativa apologética del capital, inevitablemente el objetivo sigue siendo la *eternización de las graves desigualdades existentes* [6], mediante la congelación ficticia (y quijotesca) de la producción global capitalista en un nivel totalmente insostenible, culpando opr los problemas existentes en primer lugar al "crecimiento poblacional" (como es costumbre en la economía política burguesa desde los tiempos de Malthus). En comparación con estos hipócritas "intentos de curación" que retóricamente pretenden preocuparse nada menos que de la "situación difícil de la Humanidad", la prédica paternalista de Mill antes citada, con su genuina defensa de alguna distribución más equitativa de la acostumbrada, fue el paradigma del iluminismo radical.

La característica falsa alternativa de "crecimiento no crecimiento" se hace evidente sólo considerando lo que pudiera ser el impacto inevitable del propuesto "no crecimiento" sobre las graves condiciones de desigualdad y de sufrimiento en el orden social del capital. Significaría una condena permanente de la aplastante mayoría de la humanidad a las condiciones inhumanas que actualmente está siendo forzada a soportar. Pues están siendo literalmente forzadas a soportarlas a miles de millones , cuando sería perfectamente factible *crear* una alternativa real. Bajo determinadas condiciones, o sea cuando sería perfectamente factible rectificar al menos los peores efectos de la privación global: dando un uso humanamente recomendable y recompensador el *potencial* de productividad ya alcanzado, en un mundo cuyos recursos materiales y humanos están siendo criminalmente desperdiciados.

Producción destructiva

Indudablemente sólo podemos hablar de un positivo *potencial de productividad* y no del que en realidad existe, como muchas veces dicen con buenas intenciones coloreadas de verde pero también con ilimitadas ilusiones anticuados reformistas dispuestos a asegurar que podemos "hacer ya lo correcto", con los poderes productivos que tenemos a nuestra disposición, si es que realmente quisiéramos hacerlo. Sin embargo, desgraciadamente, esta concepción ignora completamente de que modo se articula actualmente nuestro sistema productivo, que exige una futura rearticulación radical. Pues la productividad atada al crecimiento *capitalista* en la forma ahora dominante de producción destructiva, es uno tremendo adversarios que lo prohibiría. Para hacer realidad la tan necesaria potencialidad

positiva del desarrollo productivo, de manera tal que fuese capaz de rectificar muchas de las desigualdades e injusticias más acuciantes de la sociedad existente, sería necesario adoptar *principios regulativos* de un orden social *cualitativamente diferente*. En otras palabras, el actualmente negado *potencial de productividad* de la humanidad debería ser liberado de la camisa de fuerza capitalista para convertirse en *poder productivo* socialmente viable.

El reclamo quijotesco de congelar la producción en los niveles alcanzados al principio de la década de 1970 era el intento de camuflar con un váculo modelo pseudo científico creado en el Instituto Tecnológico de Massachussets, la brutal imposición de las relaciones de poder del imperialismo norteamericano en la posguerra. Esa variedad de imperialismo era por supuesto muy diferente de la forma anterior conocida por Lenin. En su tiempo al menos media docena de significativos poderes imperialista competían por el disfrute real o supuesto de sus conquistas. Y aún en la década de 1930 Hitler estaba dispuesto a compartir los frutos del imperialismo violentamente redefinido con Japón y la Italia de Mussolini. Por el contrario, en nuestro tiempo debemos enfrentar la realidad y -los peligros letales-que surgen del *imperialismo global hegemónico*, con los Estados Unidos como potencia aplastantemente dominante.[7] A diferencia de Hitler, los Estados Unidos como *hegemón único* se nega completamente a compartir la dominación global con cualquier rival. Y se trata sólo un asunto de contingencias político-militares. Los problemas son más profundos. Derivan de las contradicciones permanentemente agravadas de la profundización de la *crisis de estructura* del sistema del capital. El imperialismo hegemónico global dominado por Estados Unidos es un intento -a la larga fútil- de inventar una solución a esa crisis a través de más violento y brutal dominio sobre el resto del mundo, reforzado con o sin la ayuda de "aliados serviles", ahora a través de sucesivas guerras genocidas. Desde lo década de 1970 los Estados Unidos se han ido hundiendo en un *endeudamientos catastrófico*. La fantasiosa solución públicamente proclamada por varios presidentes de los EEUU era "*crecer para superarlo*". Pero el resultado fue diametralmente opuesto, con una deuda astronómica y aún creciente. De acuerdo con esto, los EEUU debe apoderarse para sí, por todos los medios a su disposición, incluyendo las más violentas agresiones militares cuando ella sea necesario, de todo lo que pueda transfiriendo los frutos del crecimiento capitalista de cualquier parte del mundo, gracias a la dominación global socioeconómica y político militar de los EEUU. ¿Podría alguien en su sano juicio imaginar, por prevenido que esté contra el despreciado "mito igualitario", que el imperialismo global hegemónico dominando por los EEUU podría tomar en serio siquiera por un momento la panacea del "no crecimiento"? Solamente la peor clase de fe ciega puede sugerir tales ideas, aunque vengan pretenciosamente envueltas en hipócritas preocupaciones sobre la "Situación de la Especie Humana".

Por muchas razones no cabe dudar de la importancia del crecimiento tanto en el presente como en el futuro. Pero junto con decir eso, debemos examinar adecuadamente el concepto de crecimiento no sólo del que conocemos en el presente si no también como encarar su sustentabilidad en el futuro. El respaldo a la necesidad de crecimiento no puede ser a favor de un *crecimiento no calificado*. La pregunta real que tendenciosamente se esconde es: *¿qué clase de crecimiento* es posible hoy en contraste con el crecimiento capitalista peligrosamente devastador y debilitante que vemos a nuestro alrededor? Porque el crecimiento debe ser *positivamente sustentable* en el largo plazo.

Como ya se mencionó, el crecimiento capitalista está fatalmente dominado por los inevitables límites de la *cuantificación fetichista*. El *derroche* cada vez más grave es el corolario necesario de ese fetichismo, puesto que no puede haber ningún criterio -ni *medida* viable- con cuya observación se pudiera corregir el derroche. La *cuantificación* más o menos arbitrarias establece el contexto, creado al mismo tiempo la ilusión de que una vez que aseguradas las cantidades requeridas por los mas poderosos, ya no habría más problemas significativos. Sin embargo, la verdad del asunto es que la *cuantificación auto-orientada* no se puede sostener en absoluto como forma de estrategia de productividad viable ni siquiera en el corto plazo. Pues es parcial y miope (o ciega), preocupada sólo por las cantidades que corresponden a los *obstáculos inmediatos* para el cumplimiento de determinada tarea productiva, pero no con los necesariamente relacionados *límites estructurales* del mismo emprendimiento socioeconómico, límites que -lo sepan o nó- en última instancia deciden todo. La confusión capitalísticamente necesaria de *límites estructurales* con *obstáculos* (que pueden ser superados cuantitativamente), a fin de ignorar los límites (pues éstos corresponden a determinaciones insuperables del orden social metabólico del capital) contamina la orientación del crecimiento de todo el sistema productivo. Para hacer viable el crecimiento se requeriría aplicar profundas consideraciones *cualitativas*. Pero esto es totalmente impedido por el incuestionado e incuestionable *impulso auto-expansivo* a toda costa del capital, que es incompatible con la consideración *restrictiva* de la *cualidad* y los *límites*.

La gran innovación del sistema del capital es que puede operar -no dialécticamente- mediante la dominación aplastante de la *cantidad* al incluir todo, inclusive el trabajo humano vivo (inseparable de las cualidades de necesidad y uso humana) bajo *determinaciones cuantitativas abstractas*, en la forma de valor y valor de cambio. Este es el secreto del triunfo -durante mucho tiempo irresistible- socio-histórico del capital. Pero es también el presagio de su insustentabilidad y de su necesaria implosión final, una vez que *los límites absolutos* del sistema sean plenamente activados, como está ocurriendo en nuestra misma época histórica. Es ahora cuando la dominación no dialéctica de la cualidad por la cantidad se hace insostenible y peligrosa.

Portanto es inconcebible ignorar en nuestro tiempo la fundamental, pero secundarizada bajo el capitalismo, conexión inherente a la *economía* y *economizar* (lo que equivale a *administración responsable*). Hemos llegado a un punto crítico en la historia, en el cual las personificaciones queridas por el sistema productivo imperante hacen todo lo posible para borrar de la conciencia esa conexión vital -optando por una destructividad innegable, no sólo cultivando prácticas productivas extremadamente devastadoras sino también glorificando su empeño letalmente destructivo con "guerras preventivas y anticipatorias" ilimitadas.

La *cualidad*, por su propia naturaleza, es inseparable de las *especificidades*. En consecuencia, un sistema socio metabólico respetuoso de la cualidad -sobre todo de las necesidades de los seres humanos como sujetos productores- no puede ser regido jerárquicamente. Se requiere una administración socioeconómica y cultural de una especie radicalmente diferente para una sociedad que opere sobre la base de semejante metabolismo reproductivo cualitativamente diferente, que se puede resumir como *auto-administración*. La regimentación era tan factible como necesaria para el orden social metabólico del

capital. De hecho, la estructura de mando del capital no puede funcionar de otra manera. La jerarquía estructuralmente asegurada y la regimentación autoritaria son las características definitorias de la estructura de mando del capital. El orden alternativo es incompatible con la regimentación y con el tipo de contabilidad que debe prevalecer en el sistema capitalista -e incluye la operación estrictamente cuantitativa del *tiempo de trabajo necesario*-. Por lo tanto, la *especie* de crecimiento necesario y factible en el orden metabólico social alternativo puede solamente basarse en la *cualidade* directamente correspondientes a las *necesidades humanas*: Las necesidades reales e históricamente en desarrollo tanto de la sociedad como un todo y de sus individuos particulares.

Al mismo tiempo, la alternativa a la restrictiva y fetichista contabilidad del *tiempo de trabajo necesario* sólo puede ser la liberación y emancipación del tiempo *disponible* conscientemente ofrecido y administrado por los individuos sociales mismos. Esta especie de control metabólico social de los recursos materiales y humanos disponibles respetaría -y podría hacerlo- tanto los límites generales derivados del principio orientador de la economía como economización; y al mismo tiempo también expandiría conscientemente esos límites y necesidades cualitativas según lo permitiesen las condiciones históricamente en desarrollo. Pese a todo no debemos olvidar que "el primer acto histórico fue la creación de una nueva necesidad" (Marx). Sólo el modo temerario con que el capital trata la economía -no como economización racional, sino como una completamente irresponsable legitimación del derroche ilimitado- es lo que *pervierte totalmente* este proceso histórico: sustituye la rica diversidad de las necesidades humanas por la alienante y única necesidad de auto-reproducción ampliada del capital a cualquier costo, con lo que termina amenazando la misma historia humana.

(Ver segunda parte, "El socialismo en el siglo XXI")

* Destacado marxista húngaro residente en Inglaterra, autor entre otros libros de Más allá del capital (*Beyond Capital*, Merlin Press, Londres, 1995. Vadell, Caracas 2001. Boitempo, San Pablo, 2002) y El siglo XXI ¿socialismo o barbarie? (Buenos Aires, ediciones Herramienta, 2003). Colaborador de Herramienta. El presente artículo que por razones de espacio se divide en dos partes fue publicado en *Monthly Review*, mayo 2007 <http://www.monthlyreview.org/> ; traducción de Federico García Morales para *Globalización, revista de Economía, Sociedad y Cultura* <http://rcci.net/globalizacion/2007/> , corregida para *Herramienta* por Aldo Casas.

[1] *El Capital*, México, FCE, vol. I, pag. 49.

[2] John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (Prometheus Books, 2004), pag. 751.

[3] Mill, *Principles*, pag. 749.

[4] Idem.

[5] Citemos con todo su extenso y hasta pretencioso título: Donella H. Meadows, et al., *The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome Project on the Predicament of Mankind*, Londres, Earth Island Limited, 1972.

[6] Digamos que la principal figura teórica detrás de la aventura de "limitación del crecimiento" es el profesor Jay Forrester, del Massachusetts Institute of Technology, que desdeñosamente descarta cualquier preocupación por la igualdad como una mera "consigna igualitaria". Vease su entrevista en *Le Monde*, 1 de agosto de 1972.

[7] Ver István Mészáros, *El siglo XXI ¿socialismo o barbarie?*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2007.

Autor: István Mészáros(*)

El capital no admite correcciones parciales

No es posible introducir en la estructura operativa del capital ni siquiera correcciones parciales, si éstas son genuinamente orientadas hacia la cualidad. Porque las únicas cualidades relevantes en este sentido no son determinadas características físicas abstractas sino cualidades humanamente significativas inseparables de las necesidades. Y como ya subrayamos, tales cualidades son siempre específicas, en correspondencia con necesidades humanas particulares claramente identificables, tanto de los individuos mismos como de sus relaciones sociales históricamente cambiantes. Por lo tanto constituyen, en su especificidad multilateral, un conjunto coherente y definido de determinaciones sistémicas, con sus propios límites sistémicos inviolables. Y es precisamente la existencia de esos límites sistémicos -para nada abstractos- lo que imposibilita la transferencia de algunas determinaciones operativas y principios orientativos significativos desde un previsto orden social metabólico alternativo hacia el seno del sistema del capital. Ambos sistemas se excluyen radicalmente entre sí. Pues las cualidades específicas correspondientes a las necesidades humanas en el orden alternativo llevan la marca indeleble de las determinaciones sistémicas generales, como partes constitutivas de un sistema reproductivo de control social humanamente válido. Por el contrario, en el sistema del capital las determinaciones generales han de ser inalterablemente abstractas, porque la relación de valor del capital debe reducir todas las cualidades (correspondientes a la necesidad y al uso)

a cantidades genéricas mensurables, para afirmar su alienante dominación histórica sobre todo, en provecho de la expansión del capital y a despecho de las consecuencias.

Las incompatibilidades entre los dos sistemas se ven claramente cuando consideramos sus relaciones con el problema de los propios límites. El crecimiento sustentable promovido positivamente bajo el orden metabólico social alternativo de control sólo puede estar basado en la aceptación consciente de los límites cuya violación pondría en peligro los objetivos reproductivos - humanamente válidos- elegidos. Por tanto, el derroche y la destructividad (como conceptos limitantes claramente identificados) quedan absolutamente excluidos por las mismas determinaciones sistémicas aceptadas concientemente y adoptadas por los individuos sociales como vitales principios orientativos. En contraste con esto, el sistema del capital está caracterizado y fatalmente orientado por el rechazo -conciente o inconsciente- de todos los límites, incluyendo sus propios límites sistémicos. Incluso éstos últimos son tratados arbitraria y peligrosamente apenas como obstáculos contingentes siempre superables. Por lo tanto, todo el funcionamiento de este sistema social reproductivo incluyen la posibilidad -y en nuestra época histórica, la abrumadora probabilidad- de la destrucción total.

Naturalmente, esta relación mutuamente excluyente en la cuestión de los límites vale en el otro sentido. Vale decir que para crear y de fortalecer un orden metabólico social alternativo no se puede recurrir a "correctivos parciales" tomados en préstamo del sistema del capital. Las incompatibilidades parciales -por no decir generales- de ambos sistemas se derivan de la incompatibilidad radical de sus modos de dimensionar el valor. Esto es así, como antes se dijo, por las mismas razones que impiden transferir las determinaciones de valores particulares y las relaciones del orden alternativo al marco metabólico social del capital con el propósito de mejorarlo, como han postulado algunas concepciones reformistas absolutamente irreales, apegadas a la vacua metodología del "poco a poco": incluso las menores relaciones parciales del sistema alternativo están profundamente embebidas en las determinaciones generales de valor de una estructura completa de las necesidades humanas cuyo axioma elemental inviolable, de acuerdo a su más íntima naturaleza es la exclusión radical del despilfarro y de la destrucción. Por otra parte, que ningún "correctivo" puede ser transferido desde la estructura operativa del capital a un orden genuinamente socialista, lo demostró de modo concluyente el desastroso fracaso de la aventura del "socialismo de

mercado" de Gorbachov. Puesto que también en este caso siempre chocaríamos con la incompatibilidad radical de las determinaciones de valor, incluso cuando el valor en cuestión es contra valor destructivo correspondiente a los límites últimos -necesariamente ignorados- del mismo sistema del capital. Los límites sistémicos del capital son plenamente compatibles con el derroche y la destrucción, porque estas consideraciones normativas sólo pueden ser secundarias y por encima de ellas deben prevalecer otras determinaciones más fundamentales para el capital. A esto se debe que la indiferencia hacia el derroche y la destrucción presente en los orígenes del capital (pues nunca tuvo una actitud más positiva que la indiferencia) se convirtiese en su activa promoción cuando las condiciones requirieron ese giro. De hecho, en este sistema el derroche y la destrucción se deben perseguir implacablemente y en directa subordinación al imperativo de expansión del capital, que es el aplastante determinante sistémico. Más aún cuando ya dejamos atrás la fase de ascenso histórico del desarrollo del sistema del capital. Y nadie debería engañarse por el hecho de que la afirmación preponderante del contra valor sea frecuentemente disimulada y racionalizada por afamados ideólogos del capital como "neutralidad del valor".

Por eso era estupidez que en los tiempos de la lamentable "perestroika" de Gorbachov su "ideólogo jefe" (según era llamado oficialmente) afirmase que el mercado capitalista y sus relaciones mercantiles eran corporizaciones instrumentales de "valores humanos universales" y un "importante logro de la civilización humana", agregando a estas grotescas afirmaciones capituladoras que el mercado capitalista era incluso "la garantía para la renovación del socialismo".[1] Estos teóricos se dedicaban a charlar sobre la adopción del "mecanismo del mercado", cuando el mercado capitalista era cualquier cosa antes que un adaptable "mecanismo" neutro: está de hecho irremediablemente cargado de valor, y siempre lo estará. Desde esta concepción -compartida curiosamente por "el jefe de la ideología socialista" de Gorbachov (y otros) con los Friedrich von Hayeks del mundo que violentamente habían denunciado cualquier idea de socialismo como el camino hacia la servidumbre[2], el intercambio en general era ahistórica y anti-históricamente igualado con el intercambio capitalista, y la realidad cada vez más destructiva del mercado capitalista con un ficticio "mercado" en general benevolente. A sabiendas o no, ellos capitularon idealizando los imperativos de el implacable sistema de necesaria dominación del mercado (en última instancia inseparable de las devastaciones del imperialismo) exigida por las intrínsecas determinaciones del orden social metabólico del capital. La adopción de esa posición capitulacionista se expresó también, y de manera aún más dañina, en el documento de la reforma de Gorbachov, porque él insistió en que

No hay alternativas al mercado. Solamente el mercado puede asegurar la satisfacción de las necesidades del pueblo, la justa distribución de la riqueza y el fortalecimiento de la libertad y de la democracia. El mercado podría permitir a la economía soviética ligarse orgánicamente con el mundo, y proporcionar a nuestros ciudadanos el acceso a todos los logros de la civilización mundial. [3]

Naturalmente, dada la total irrealidad del lavado de cerebro implícito en ese "no hay alternativa" de Gorbachov y de las esperanzas en el generoso ofrecimiento "al pueblo" de todas las supuestas realizaciones y beneficios del mercado capitalista global, esta aventura sólo podía terminar del modo más humillante, con la desastrosa implosión del sistema de tipo soviético.

"No hay alternativa"

No es para nada accidental o sorprendente que la frase "no hay alternativa" ocupe tan prominente lugar en las concepciones socioeconómicas y políticas que se formulan desde el punto de vista del capital. Ni siquiera escaparon a esto los mayores pensadores de la burguesía, como Adam Smith y Hegel. Porque es absolutamente cierto que el orden burgués o tiene éxito afirmándose con la forma de expansión dinámica del capital o está condenado al fracaso completo. Realmente, desde el punto de vista del capital no puede haber ninguna alternativa concebible a la expansión infinita del capital, y esto determina la visión de todos los que lo adoptan. Pero la adopción de tal de vista también significa que no puede ni siquiera ser considerada la pregunta de "cuál es el precio a pagar" por la incontrolable expansión del capital más allá de cierto punto en el tiempo, una vez que la fase ascendente del sistema ha quedado atrás. Por eso la consecuencia necesaria de la adopción del punto de vista del capital es la violación del tiempo histórico al internalizar el imperativo expansionista del sistema como su determinación fundamental y absolutamente inalterable. Esta posición prevalece incluso en las concepciones de los más grandes pensadores burgueses: no puede haber ningún orden social futuro alternativo con características definitorias significativamente diferentes a las ya establecidas. Por esto incluso Hegel, que formuló la que es de lejos la más profunda concepción histórica de su propio tiempo, debió también poner arbitrariamente fin a la historia en el inalterable presente del capital, idealizando al estado-nación capitalista como culminación insuperable del desarrollo histórico concebible, a pesar de su aguda percepción de las implicaciones destructivas del sistema total de los estados-nación.

Así pues, en el pensamiento burgués no puede haber alternativa al dogma pernicioso del "no hay alternativa". Pero es totalmente absurdo que los socialistas adopten la posición de la expansión infinita (y por su naturaleza misma incontrolable) del capital. Porque el idealizado corolario del "consumo" -sintomáticamente, no calificado- ignora la verdad elemental de que, desde el punto de vista acrítico favorable a la auto expansión del capital no puede haber diferencia entre destrucción y consumo. Para el fin perseguido, una es tan buena como la otra. Esto es así porque, en la relación del capital, incluso la transacción comercial del tipo más destructivo, encarnada en las mercancías del complejo militar/ industrial y el uso que se les dá en guerras inhumanas, completa exitosamente el ciclo de la auto- reproducción ampliada del capital y posibilita el inicio de un nuevo ciclo. Y esto es lo único que cuenta para el capital, sin que importe cuan insustentables sean las consecuencias. Por lo tanto, cuando los socialistas internalizan el imperativo de la expansión del capital como terreno necesario del pretendido crecimiento, no solamente aceptan un dogma aislado sino "todo el paquete" del negocio. Concientemente o no, aceptan simultáneamente todas las falsas alternativas que se derivan de la defensa acrítica de la necesaria expansión del capital, como por ejemplo "crecimiento vs. no-crecimiento" - .

La falsa alternativa del no-crecimiento debe ser rechazada por nosotros, porque su adopción perpetuaría la horrible miseria y desigualdad que actualmente domina en el mundo, junto con luchas y la destructividad que la acompañan. Pero la negación radical de ese enfoque sólo es un necesario punto de partida. La dimensión inherentemente positiva de nuestra visión, implica la fundamental redefinición de la misma riqueza tal como la conocemos. Bajo el orden metabólico social del capital estamos confrontados al dominio alienante de la riqueza sobre la sociedad, que afecta todos los aspectos de la vida, desde lo estrechamente económico a los dominios culturales y espirituales. En consecuencia, no podemos salir del círculo vicioso del capital con todas sus determinaciones destructivas y sus falsas alternativas, sin invertir esas relaciones vitales. Es decir, sin hacer que la sociedad -la sociedad de los individuos libremente asociados- gobierne sobre la riqueza, redefiniendo también al mismo tiempo su relación con el tiempo y con el tipo de utilización que se dará a los productos del trabajo humano. Como Marx ya había escrito en uno de sus primeros trabajos:

En una sociedad futura, donde habrá cesado la contradicción de clases y donde no habrá clases, el consumo [la utilización] no será ya determinado por el mínimo de tiempo necesario para la producción; al contrario, la cantidad de tiempo que ha de consagrarse a la producción de los diferentes objetos será determinado por el grado de utilidad social de cada uno de ellos.[4]

Esto significa una ruptura absoluta e irreversible con la visión de la riqueza como una entidad material fetichista que ignora a los individuos reales que son los creadores de la riqueza. Naturalmente, el capital -con su falsa pretensión de identificarse con la riqueza, como el "creador y encarnación de la riqueza"- debe ignorar a los individuos, en función de la autolegitimación de su mismo control metabólico social. De este modo, usurpando el rol de la riqueza real y subvirtiendo la utilización potencial que podría dársele, el capital es enemigo del tiempo histórico. Esto es lo que se debe corregir en beneficio de la misma supervivencia humana. Por tanto, deben ser reunidos en una estructura social metabólica cualitativamente diferente todos los constituyentes de las relaciones que se desarrollan entre individuos reales históricamente auto-determinados, junto con la riqueza que crean y asignan mediante la aplicación conciente de la única modalidad viable de tiempo: el tiempo disponible. Para decirlo con Marx:

La riqueza real es la fuerza productiva desarrollado de todos los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo, la medida de la riqueza, sino el disponible time [tiempo disponible]. El tiempo de trabajo como medida de de la riqueza pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza, y al disponible time [tiempo disponible] como existente en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo, o bien pone todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y consiguientemente lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo.[5]

El tiempo disponible es el real tiempo histórico de los individuos. Por el contrario, el tiempo de trabajo necesario requerido por el funcionamiento del modo de control metabólico social del capital es anti-histórico, y niega a los individuos el único medio a través del cual pueden afirmarse y realizarse como sujetos históricos reales en control de su propia actividad vital. En la forma del tiempo de trabajo necesario del capital los individuos están sujetos al tiempo que opera como juez tiránico y medida degradante que no admite ningún tribunal de apelación, en lugar de ser juzgados y medidos en relación al criterio cualitativo humano de "las necesidades del individuo social".[6]

El tiempo antihistórico del capital perversamente auto-absolutizante se superpone entonces por encima de la vida humana como determinante fetichista, reduciendo el trabajo vivo a una "cáscara del tiempo" como ya se ha discutido en relación a "la necesidad de Planificación". El reto histórico es entonces moverse hacia un orden social metabólico alternativo haciendo a un lado la dominación del tiempo congelado del capital como determinación alienante para que se transforme en libremente determinado por los mismos individuos sociales que conscientemente dedican a la realización de los objetivos escogidos

sus recursos de tiempo disponible, inconmensurablemente más ricos de lo que se les podría extraer mediante la tiranía del tiempo necesario. Ésta es una diferencia absolutamente vital. Pues solo individuos sociales pueden realmente determinar su propio tiempo disponible, en agudo contraste con el tiempo de trabajo necesario que los domina. La adopción del tiempo disponible es el único camino concebible y justo para que el tiempo pueda ser transformado de determinante tiránico a un componente autónoma y creativamente determinado del proceso de reproducción.

Superar esta división social del trabajo

Semejante desafío necesariamente involucra la superación de la división social jerárquica del trabajo impuesta estructuralmente. Puesto que en tanto el tiempo domine a la sociedad, bajo la forma del imperativo de extraer tiempo de trabajo excedente a la inmensa mayoría, la gente que encargada de este proceso debe llevar una forma de existencia sustancialmente diferente y acorde a su función de ejecutores satisfechos del imperativo del tiempo alienante, al mismo tiempo que la abrumadora mayoría de los individuos son degradados a la condición de meros trabajadores sometidos al trabajo. En estas condiciones, el proceso de reproducción social debe hundirse cada vez más profundamente en su crisis estructural, con la peligrosa implicación final de un camino sin posible retorno.

La pesadilla del "estado estacionario" sigue siendo una pesadilla aunque se pretenda aliviarla, como proponía John Stuart Mill, con el remedio ilusorio de una "mejor distribución" considerada aisladamente. Porque no puede haber "mejor distribución" sin una reestructuración radical del mismo proceso de producción. La alternativa hegemónica socialista al dominio del capital requiere fundamentalmente ir más allá de la dialéctica trunca en el interrelacionamiento vital de producción, distribución y consumo. Pues sin eso, el objetivo socialista de convertir el trabajo en "primera necesidad vital", es inconcebible. Citando a Marx:

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea sólo un medio de vida sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del

derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!. [7]

Estos son los objetivos completos de la transformación socialista, que simultáneamente proveen la brújula para el trayecto y también para medir los logros alcanzados (o que no se cumplieron) durante la marcha. Dentro de esta visión de alternativa hegemónica al orden reproductivo social del capital, de ninguna manera caben cosas como el "estado estacionario", ni otras las falsas alternativas derivadas del mismo. "El desarrollo de los individuos en todos sus aspectos ", ejerciendo conscientemente los recursos plenos de su tiempo disponible, en la estructura del nuevo control metabólico social orientado hacia la producción de "riqueza cooperativa", proporcionará la base para una contabilidad cualitativamente diferente, la necesaria contabilidad socialista definida por las necesidades humanas y diametralmente opuesta a la cuantificación fetichista y al consecuente e inevitable derroche.

De aquí, la importancia vital de que la estructura metabólica social alternativa reconozca y administre exitosamente un tipo sustentable de crecimiento. El control metabólico del orden alternativo será aquel en que la antítesis entre el trabajo mental y físico -imprescindible para mantener la dominación absoluta por sobre el trabajo del capital en tanto usurpador de la función de control del sujeto histórico- desaparecería para siempre. Y consecuentemente, la misma productividad conscientemente perseguida podrá ser elevada a un nivel cualitativamente más alto, sin ningún riesgo de derroche incontrolable, aportando un avance genuino -y no meramente orientado hacia el lucro material- de la riqueza. Una riqueza plenamente controlada por "individuos sociales enriquecidos" (Marx) como sujetos históricos autónomos (ricos precisamente en este sentido).

En el "estado estacionario", por el contrario, los individuos no podrían ser auténticos sujetos históricos, pues no podrían tener el control de sus propias vidas estando a merced del peor tipo de determinaciones materiales: bajo la dominación directa de la escasez irremediable.

El derroche siempre creciente en el sistema del capital -con sus catastróficas implicaciones finales-es inseparable del modo irresponsable con que son utilizados los bienes y servicios producidos, en función de la expansión lucrativa del capital. Perversamente, cuanto más baja sea la tasa de utilización de bienes y servicios, más crecen las condiciones para su reemplazo lucrativo, lo que constituye un absurdo derivado del alienado punto de vista del

capital que es incapaz de trazar alguna distinción significativa entre consumo y destrucción. Pues la completa destrucción derrochadora calza adecuadamente con la demanda que requiere el capital auto expansivo para un nuevo ciclo lucrativo de producción, tanto como lo podría hacer el consumo genuino que corresponde al uso.

Sin embargo, el momento de la verdad llega cuando debe pagarse un fuerte precio por la criminal e irresponsable administración del capital en el curso del desarrollo histórico. En este punto, pasa a ser absolutamente vital adoptar el imperativo de una tasa de utilización cada vez mejor e incomparablemente más responsable de los bienes y servicios producidos, y realmente producidos conscientemente teniendo ese objetivo en mente, en relación con necesidades y usos cualitativamente humanos. Pues la única economía viable -la que economiza significativamente y es por eso es sustentable a corto y mediano plazo- sólo puede ser un tipo de economía administrada racionalmente, orientada hacia la utilización óptima de los bienes y servicios producidos. No puede haber crecimiento sustentable de ningún tipo por fuera de estos parámetros de administración racional orientada por genuinas necesidades humanas.

Como ejemplo de importancia crucial de lo que en este terreno está irremediablemente equivocado bajo la dominación del capital, pensemos en el modo en que nuestras sociedades utilizan una cantidad cada vez mayor de automotores. Los recursos malgastados en la producción y mantenimiento de los automotores son inmensos bajo el "capitalismo avanzado" y representan en cada hogar el segundo más alto gasto (después de las deudas hipotecarias). Sin embargo y absurdamente, la tasa de utilización de los coches es inferior al 1% con la falsa justificación de los derechos de posesión exclusiva conferidos a sus compradores. Al mismo tiempo, alternativas reales perfectamente practicables no son meramente desdeñadas sino activamente saboteadas por los concentrados intereses de corporaciones cuasi-monopólicas. Pues la simple verdad es que, lo que los individuos necesitan (y no tienen, a pesar de las pesadas cargas financieras que se les impone) son servicios de transporte adecuados y no esa mercancía económicamente despilfarradora y ambientalmente dañina que, además, les hace perder incontable cantidad de horas de sus vidas en insalubres congestionamientos de tránsito.

Evidentemente, la alternativa real sería desarrollar un transporte público a un nivel cualitativamente más alto, satisfaciendo criterios económicos, ambientales y de salud personal contemplados en el horizonte de esos proyectos racionalmente perseguidos, limitando al mismo tiempo el uso de los autos -poseídos colectivamente y adecuadamente distribuidos, y no ya exclusivamente/derrochadoramente poseídos. De tal modo, las mismas

necesidades de los individuos -en este caso la necesidad genuina de servicios de transporte adecuados- determinaría las metas de vehículos e instalaciones de comunicación (como caminos, redes ferroviarias, sistemas de navegación) a ser producidos y mantenidos, de acuerdo con el principio de utilización óptima, en vez de que los individuos sean completamente dominados por la fetichista necesidad del sistema establecido de lucrativa pero en definitiva destructiva expansión del capital.

La cuestión inevitable pero hasta ahora tendenciosamente esquivada de la economía y en correspondencia con las consideraciones presentadas en este artículo, debe ser enfrentada en un futuro muy cercano. Porque en los llamados países del tercer mundo es inconcebible seguir el patrón de "desarrollo" derrochador del pasado bajo la dominación del modo de reproducción social metabólica del capital, que de hecho los condenó a las precarias condiciones de hoy. El fracaso estridente de las promocionadas "teorías de la modernización" y sus correspondientes encarnaciones institucionales demostró claramente la inutilidad de ese enfoque.

Es urgente enfrentar los problemas

Al menos en un aspecto hemos sentido una alarma sobre esto -claro que, sugestivamente, presionando al mismo tiempo con la afirmación y absoluta preservación de los privilegios de los países capitalistas dominantes. Hay preocupación por la creciente necesidad internacional de recursos energéticos y la intervención competitiva de algunas economías potencialmente inmensas, sobre todo China, en el el proceso en curso. Hoy esa preocupación se centra primordialmente en China, pero en el debido momento se agregará también la India a la lista de grandes países que inevitablemente presionarán por esos vitales recursos energéticos. Y cuando agregamos a China la población del subcontinente indio, estamos hablando de más de dos mil quinientos millones de personas. Naturalmente, si realmente siguieran la otrora propagandizada receta de Las etapas del crecimiento económico [8] y su burda defensa del "crecimiento capitalista que conduce a la madurez", las consecuencias para todos serían devastadoras. Porque una sociedad de dos mil quinientos millones de personas plenamente motorizada según el modelo norteamericano de "desarrollo capitalista avanzado" con más de setecientos coches por cada mil personas, significaría que todos estaríamos muertos mucho antes a causa de los beneficios "modernizantes" de la contaminación venenosa para no mencionar el agotamiento total de las reservas de petróleo del planeta en un abrir y cerrar ojos. Pero esta misma señal indica, en un sentido opuesto, que nadie puede seriamente imaginar que esos países podrán ser indefinidamente relegados a su posición actual. Imaginar que dos mil quinientos millones

de personas en China y el subcontinente indostánico podrían estar condenadas para siempre a su afligente situación, y de una u otra manera sometidas todavía a una fuerte dependencia respecto a las partes más avanzadas del mundo desde el punto de vista capitalista, desafía toda credibilidad. La verdadera cuestión es si la humanidad puede encontrar una solución racionalmente viable y verdaderamente justa a la legítima exigencia de desarrollo social y económico de los pueblos en cuestión. De otro modo, la competencia antagónica y la lucha destructiva por los recursos serán el camino del futuro, porque esto es compatible con la estructura orientadora y los principios operativos del modo de control socio-reproductivo del capital.

Otra cuestión por la cual aparece en nuestro horizonte el imperativo absoluto de adoptar un modo cualitativamente nuevo de organizar la vida económica y social concierne a la ecología. Pero una vez más, el único modo viable de enfrentar los crecientemente graves problemas de nuestra ecología global -si quisieramos enfrentar de manera responsable el agravamiento de los problemas y las contradicciones de la casa planetaria, desde sus impactos directos en cuestiones vitales como el calentamiento global, hasta las demandas más elementales de agua limpia y aire respirable- es conmutar desde el orden existente de administración derrochadora de la cuantificación fetichista hacia uno genuinamente orientado hacia la cualidad. En cuanto a esto, la ecología es un aspecto importante pero subordinado de la necesaria redefinición cualitativa de la utilización de bienes y servicios producidos sin lo cual la defensa de una ecología permanentemente sustentable para la humanidad -lo que es un absoluto debe- no será más que una esperanza piadosa.

El último punto a enfatizar es que la urgencia para enfrentar estos problemas no puede ser subestimada y mucho menos minimizada, dados los intereses adquiridos del capital, sostenido por sus formaciones de estados imperialistas dominantes en insuperables rivalidades entre sí. Irónicamente, aún cuando hay tanta habladuría propagandística acerca de la "globalización", las exigencias objetivas de hacer funcionar un orden intercambio sociales racionalmente sustentable y globalmente coordinados son constantemente violados. Sin embargo, dado el presente estadio de desarrollo histórico, la verdad que no se puede callar es que con respecto a todas las cuestiones mayores que hemos estado discutiendo en este artículo, debemos estar realmente preocupados por los desafíos globales que se agravan y que requieren de soluciones globales. Sin embargo, nuestra preocupación más grave es que el modo social de reproducción metabólica del capital -en vista de sus inherentes determinaciones estructurales antagónicas y de sus manifestaciones destructivas- no es para nada susceptible a soluciones globales viables. El capital, dada su naturaleza inalterable, no es nada a menos que prevalezca en las formas de dominación estructural. Pero la otra dimensión de la dominación estructural es la subordinación estructural. Este es

el modo en que siempre funcionó y debe intentar funcionar el modo social de reproducción metabólica del capital, trayendo consigo las más devastadoras guerras de las que hemos tendido bastante más que una muestra en nuestro tiempo. La afirmación violenta de los imperativos destructivos del imperialismo hegemónico global a través del antes inimaginable poder destructivo de los Estados Unidos como el hegemón global no puede traer soluciones globales a nuestros problemas exacerbados sino solamente el desastre global. De ahí que la inevitable necesidad de corregir estos problemas globales de un modo históricamente sustentable pone en el orden del día el desafío del socialismo en el siglo XXI -la única alternativa hegemónica al modo de control social metabólico del capital.

* Destacado marxista húngaro residente en Inglaterra, autor entre otros de libros como Más allá del capital (Caracas, Vadell hnos., 2001) y El siglo XXI ¿Socialismo o Barbarie? (Buenos Aires, ediciones Herramienta, 2003). Integra el Consejo Asesor de Herramienta. Publicado en dos partes por razones de espacio fue publicado por Monthly Review, mayo 2007 <http://www.monthlyreview.org/>; Traducción de Federico García Morales para Globalización <http://rcci.net/globalizacion/2007/> revisada para Herramienta por Aldo Casas.

[1] Vadim Medvedev, "The Ideology of Perestroika", en Perestroika Annual 2, Abel Aganbegyan (ed.), Londres, Futura/Macdonald, 1989, págs. 31-32.

[2] The Road to Serfdom: título del más famoso libro de la cruzada anticomunista de Hayek.

[3] Gorbachov, citado en John Rettle, "Only market can save Soviet economy", en The Guardian, 17 de octubre de 1990.

[4] Marx, Miseria de la filosofía, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1987, págs.49/50. Ver sobre estos temas "El sistema comunal y la ley del valor", "La tasa de utilización decreciente bajo

el capitalismo" y "La tasa de utilización decreciente y el Estado capitalista: el manejo de la crisis y la autorreproducción destructiva del capital" (Capítulos 19, 15 y 16 de Más allá del capital).

[5] K. Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858, vol. 2. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pág. 232.

[6] Ibid.

[7] C. Marx, Crítica del Programa de Gotha, Buenos Aires, Organización Editorial, 1971, pag. 24.

[8] Walt Rostow, The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto (Cambridge: Cambridge University Press, 1960).

Enlaces relacionados

- Todos los artículos de Herramienta N° 37
- Artículos escritos por Admin

Artículo más leído en Herramienta N° 37:

Herramienta N° 37. Índice

